

NOTA A LA EDICIÓN

En 2020 el Director de la RAE, don Santiago Muñoz Machado, me encomendó la redacción de un artículo sobre Antonio de Lebrija para la *Crónica de la lengua española 2020*. El resultado de su encargo fue el presente ensayo. Mi buen amigo Alfonso Crespo Guaresma me ha solicitado el texto para incluirlo en la colección de *Breviarios* de Athenaica. Al acceder gustoso a su petición, no me ha parecido oportuno entregarlo de nuevo a la imprenta sin perfilar con más precisión varios puntos y abordar algunos temas que habían quedado soslayados en la contribución académica.

ANTONIO DE LEBRIJA, celebrado ya en vida como el mayor de los humanistas españoles, se convirtió después de muerto en una leyenda. El halo mítico que envolvió su figura causó graves estragos. La primera y muy dolorosa víctima fue su propio apellido, ese «de Lebrija» que tomó de su lugar de nacimiento en sustitución del «Martínez de Cala» paterno o del «Jarana» materno¹. En el frontispicio de sus obras, escritas casi todas ellas en la lengua del Lacio, figura orgulloso su nombre latinizado, *Aelius Antonius Nebrissensis*, una secuencia que, suprimidas las ínfulas nobiliarias, se corresponde bien con la firma que usó en vulgar, escrita con una majestuosa letra humanística muy nítida y clara: *Antonio de Librixa*. De *Nebrissensis* se debería haber derivado solo un adjetivo, *nebrisense* (hoy *lebrijano* sonaría a cantaor o torero); pero la incultura llegó a más y, entre este adjetivo y el topónimo *Lebrija*, se forjó un absurdo e inexistente *Nebrija*², que ha perdurado de manera ignominiosa hasta hoy, y eso que su generalización fue un producto de la época franquista. Buena manera de celebrar bárbaramente al que quiso ser debelador de la barbarie. Es hora de reaccionar.

No mejor suerte corrió su obra más famosa. Los abstrusos versos de sus *Introductiones Latinae*, leídos y memorizados por millares de estudiantes, dieron lugar a chistes fáciles. El hexámetro *Femina masque genus nullo monstrante reponunt* —«La hembra y el

macho reciben su género sin que nadie se lo indique»—, interpretado como si encerrase un sentido obscuro, fue objeto de mil chanzas y parodias³. Pero lo más sorprendente del caso es que esa *Gramática* resistió el paso del tiempo, se perpetuó como obra escolar de referencia y fue llevada al Nuevo Mundo en sustancioso monopolio por la Compañía de Jesús, aunque su texto, retocado, corregido y ampliado por el laborioso enjambre ignaciano (y, entre sus miembros, por una figura tan eximia como Juan Luis de la Cerda, el gran comentador de Virgilio), conservase ya pocos rasgos de la obra original.

Para colmo, la posteridad atribuyó al maestro Antonio inventos que nunca hizo: siempre agrada acumular glorias sobre una figura venerable. En algunos estudios se puede leer que uno de los grandes descubrimientos de Lebrija fue haber devuelto la pronunciación correcta a las letras griegas viciadas por el itacismo. La verdad es que esa restauración fonética fue una de las muchas cosas que el español aprendió en Italia, quizá de Francisco Filelfo⁴.

En las páginas que siguen trataré de presentar a Antonio de Lebrija tal cual fue en sus dos facetas: como profesional y como persona⁵. Para los pormenores de su vida, remito a la excelente biografía de Pedro Martín Baños, que salió hace poco de la imprenta⁶.

LAS RAÍCES

Lebrija, el lugar natal del maestro Antonio, es un próspero y bonito pueblo situado al sur de Sevilla «en una deliciosísima campiña»⁷. En varias ocasiones aludió el latinista a su patria chica, llamada en tiempo de los romanos *Nebrissa*, una ciudad supuestamente fundada por el dios Dioniso durante una fabulosa expedición por la Bética; así lo atestiguaría el propio topónimo, que, siguiendo una tradición antañona de la que ya se hizo eco Silio Itálico⁸, se quiso derivar del griego *nebrís*, la piel de gamo que llevaban las bacantes.

Como Antonio Machado, presa de nostalgia en la paramera soriana, añoró la luz y los naranjos de Sevilla, de igual modo el nebrisense, lejos de su lugar natal, echó también de menos a su terruño, que cantó en el poemita *De patriae antiquitate*. Es obligatorio traerlo a colación aquí por su nueva manera de recrear la antigüedad, con un gusto por el pasado patente también en el epigrama dedicado a Mérida y al puente de Alcántara (un anticipo de las canciones a las ruinas de Itálica):

Hay un lugar de Hesperia donde el Betis, ceñido de cañaveras, se desborda a su izquierda⁹ por la llanura y la domina. ‘Estero’ lo llamó la antigüedad, al estancarse el

río, pero nuestro siglo lo denomina ‘albina’¹⁰. Aquí ponen e incuban sus huevos diversas clases de aves, tanto marinas como palustres. No lejos se alza Lebrija con su antigua muralla, la ciudad fundada por Baco junto a la costa del océano; pues se cuenta que el hijo de Sémele, tras vencer la tierra del Ganges, invadió a los fieros pueblos de Hesperia...

Mientras él va en carro por los inhóspitos eriales de la marisma, la tigresa que lo sigue desfallece y tiene sed, así como Sileno, reclinado a lomos del derrengado borriquillo¹¹, los abigarrados linceos, las ménades y los sátiros. Se había llegado a la atalaya llamada *Fontinalia* por los lugareños; ahora la ocupa san Benito¹². Al sonido del agua, la primera, yergue la tigresa las orejas y, meneando la cola, marcha en cabeza indicando el camino.

Cuando se repuso su séquito con la corriente del manantial, se cuenta que el Padre [Baco] quedó enamorado del lugar... «Oídmeme, compañeros, y prestadme alegres atención. Este cerro me quedará consagrado por el culto, y ni Nisa ni Citerón, nacido para mis fiestas, me serán tan queridos cuanto la tierra denominada por la nébride, ni habrá otra que más se enorgullezca de su vino, su aceite, la amarilla mies de Ceres y sus panales. Ea, pues, sátiros, entregaos a la fiesta nocturna; y, bárzides, celebrad este lugar».

Esta fue mi casa; esta, mi patria; aquí me engendraron mis padres, libres y parejos en la medianía de su fortuna. Tuve por padre a Juan; por madre, a Catalina.

Estoy en deuda con mi patria, pero más lo está ella conmigo: me dio el honor de una vida perecedera, pero ella será inmortal por mis estudios.

Los padres, Juan Martínez de Cala y Catalina de Jarana, pertenecieron a una clase media venida a menos: en 1483 a Juan le tocó contribuir con 400 maravedís al pago de un cuento (un millón) que se impuso a Sevilla y a su tierra para sufragar la Santa Hermandad (como término comparativo, un richón muy pudiente, Juan Pérez de Lebrija, llegó a pagar 4.880 mrs.)¹³. Pero tampoco cabe olvidar que un racionero de Sevilla, muerto en 1494, llevó el nombre de Diego Martínez de Cala¹⁴, lo que implica que la familia tenía empuje y no carecía de solera. La niñez del futuro sabio transcurrió felizmente, al parecer, y fue evocada con melancólico cariño en otro poema, la *Salutatio ad patriam multis ante annis non uisam* («Saludo a la patria que no he visto en muchos años»):

Salud, pequeña casa; salud también, penates y lares,
que en tropel fuisteis testigos de mi llegada al mundo.
Aquí por primera vez aspiré la brisa vital de la rosada
luz. Aquí la nodriza me dio por primera vez el pecho.
Aquí, al nacer, me sonrieron por primera vez mis pa-
dres¹⁵ y este lugar oyó mis lloriqueos. Aquí se alzó la
cuna que meció mi reposo. Aquí me arrulló con cancio-
nes mi madre, mientras estaba despierto. Aquí, colgué